



CESAR PERAZA

IN MEMORIAM

El pasado 29 de noviembre ha fallecido en Madrid César Peraza Oramas -Don César- una referencia histórica para toda una generación. Además de su gran humanidad, aunó en su persona virtudes aparentemente contrapuestas: profundidad académica, investigación aplicada y capacidad de involucrar al sector empresarial. Fue cofundador de AITIM y quizás su aportación más duradera, aparte de sus publicaciones, han sido precisamente los sellos de calidad, donde se integra todo su trabajo.

Unos apuntes de su trayectoria vital

El gremio de los ingenieros de montes, que ya sabemos que, hasta hace poco, era muy reducido, era, sin embargo, pródigo en tipos de personalidad acusada: haré desfilar por aquí a unos cuantos que conocí íntimamente, aunque quedarán muchos otros cuyas singularidades he descrito en las “Memorias de un ingeniero de montes” que tengo escritas. Empezaré por uno de los más próximos a mí, el “número uno” de mi promoción, César Peraza Oramas, canario de pro, descendiente del “Gran Peraza”, Hernán Peraza, conquistador castellano del siglo XV y de D^a Beatriz de Bobadilla, hermosa dama de la Corte, gentilmente alejada de la misma por D^a Isabel para evitar tentaciones a D. Fernando. Aún hoy puede verse junto al puerto de San Sebastián de la Gomera el castillo altivo de D. Hernán y D^a Beatriz, la “Torre de los Peraza” o “Torre del Conde” mandada edificar por Hernán Peraza “el viejo” en 1450, según consta en documento de la época. Varias veces he visitado la isla de la Gomera y siempre he mirado la torre de los Peraza como algo casi mío, pues César Peraza, otro “Gran Peraza” es propiedad de sus compañeros de promoción.

Fuimos diecisiete compañeros (ingresamos dieciséis, perdimos uno y recogimos a dos durante los cinco años de Escuela y César Peraza fue siempre “número uno” en todos los exámenes de todas las asignaturas de la carrera, menos en Gimnasia de 1^o, que lo fue nuestro “megaterio” Iglesias (megaterio quiere decir gran bestia), en Religión y en Formación Política de 1^o y 2^o, y en Proyecto final de carrera, que lo fue un servidor. Peraza sabía todo de todo, igual Mecánica racional que Entomología, Alemán que Resistencia de materiales, Electrotecnia o Derecho Administrativo, Química inorgánica o Meteorología. Era un monstruo y lo sigue siendo. Al final de nuestra carrera hizo un curso de tecnología de la madera en Canadá y acabó con una condecoración del Gobierno canadiense, la amistad con el ministro canadiense de Bosques, y la medalla al mérito agrícola español. Fue premio extraordinario fin de carrera de todas las especialidades de Ingeniería españolas, premio que le entregó Franco en persona. Ha sido catedrático de la Escuela de Ingenieros de Montes de Madrid y continúa todavía como emérito con sus clases. Es el máximo experto español en tecnología de la madera y tiene escritos varios libros

sobre ello.

Con este “curriculum” cualquiera diría que Peraza es un individuo que se pasa el tiempo encerrado en su casa entre libros y máquinas, introvertido y despistado, serio como un ajo y de inaguantable trato. La realidad es totalmente contraria: alto, expansivo, hablador, follonero, gritador, cordial, pinchador, siempre activo, buscando novedades o reuniones, fomentador de comidas y viajes, y siempre también entregado a sus compañeros, con un corazón de oro y con unas ganas inmensas de ayudar. Durante los cinco años de carrera fue nuestro apoyo; nos explicaba lo que no entendíamos, nos hacía apuntes, nos defendía ante los profesores, cosa que el podía hacer porque gozaba de gran prestigio ante ellos. Y cuando todos estábamos “pegados” en cualquier clase siempre estaba Peraza para acabarla sin más desperfectos que la tan de “Malos” (mayúsculos) que nos ganábamos los demás (todos rezábamos por lo bajo: “Por Dios, que saque ya a Peraza”). En los viajes de prácticas que siempre en la Escuela de Montes han sido muchos, y en cuya época (los años 40) en que el racionamiento de víveres hacía muy difíciles las cosas, Peraza, con consentimiento de los profesores, era ad-

ministrador del grupo, consiguiendo que no nos muriéramos de hambre, aunque le costara ser receptor de una copla que decía:

El puñetero Perea, ea

Nos acaba con la vida, ida

Por la mañana patatas, atas

Y por la noche judías, ías


Y como lo cortés no quita lo valiente,

Peraza, que era además delegado de todos los alumnos de la Escuela, nos metió de lleno en la que quizá fue la única huelga de estudiantes de los primeros veinte o treinta años de los gobiernos de Franco. Era Ministro de Educación Nacional D. José Ibáñez Martín, que había sido antes de la guerra un buen catedrático de Literatura en el Instituto San Isidro, en Madrid (en nuestra casa era admiradísimo pues dio matrícula de honor a mi hermana Aurora). El señor Ibáñez Martín, ferviente católico, concedió la categoría de ingenieros civiles a los ingenieros del ICAI (Instituto Católico de Artes e Industrias) dirigido por los jesuitas (precisamente uno de sus edificios fue quemado por las turbas republicanas el 11 de mayo de 1931, “día de la quema de los conventos”, con el que se estrenó la República).

A los alumnos de las Escuelas Especiales de Ingeniería, para entrar en las cuales era necesario superar exámenes durísimos, nos pareció una cacicada de D. José, pues en ICAI no había exámenes de ingreso y nos parecía que sus estudios no tenían la categoría necesaria para ser ingeniero. Dirigieron la huelga los delegados de los alumnos de las Escuelas de Madrid, entre ellos el bueno de Peraza y el futuro Presidente del Gobierno de la Monarquía, Leopoldo Calvo Sotelo (que era delegado de Caminos). Los dos estaban entre los más lanzados organizadores de la protesta: manifestaciones, pancartas y carreras delante de la Policía Armada. D. José Ibáñez Martín llamó a los delegados de las Escuelas, amenazando con hacer perder curso a los huelguistas. La huelga siguió varios días, con Peraza al frente, pero incomprensiblemente el futuro D. Leopoldo se arrugó, con gran desesperación de Peraza, y fue sustituido por Vicente Mortes, que fuera posteriormente ministro de la vivienda. No hubo pérdida de curso

pero no conseguimos hacer cambiar de idea al Ministerio: El ICAI forma parte hoy del Instituto de la Ingeniería y además en ninguna escuela de ingenieros superiores hay examen de ingreso. Curiosamente unos años después de aquella huelga, D. Leopoldo alcanzó la categoría de yerno del Sr. Ibáñez Martín.

En los años de Escuela, César Peraza era un terremoto, estaba en todas partes, nos ayudaba a todos y siempre se encontraba donde había follón.

Actualmente Peraza, alto, seco, envejecido, pero siempre animoso y batallador parece un hermano gemelo de Fidel Castro, al que gusta de imitar incluso con su suave acento canario, y al que aborrece. al igual que no se lleva bien con el Opus Dei. La causa de su poco cariño hacia los seguidores de San Josemaría es que dos de sus hijos han seguido las sendas de la Obra (1). César permanece adicto a nuestra manera de pensar y vivir durante la mayor parte de nuestra vida; es un ejemplar de incorrección política perfecta y lo manifiesta siempre que puede. Ya he contado cómo fue el único que se atrevió a decir al Rey la verdad de lo hecho por los ingenieros de montes durante la época en que no disfrutábamos del gobierno de los partidos políticos, para quienes, por ejemplo, plantar un pino, hacer un dique o limpiar un cortafuegos, sólo es aceptable para quitar votos al enemigo político o para agradar al minúsculo grupo sin cuyos votos no gobernaría. Lo siento, pero esta es la situación actual 

Antonio Monzón Perala
Ingeniero de montes, compañero de promoción de César Peraza

(1) Con el tiempo estas relaciones mejoraron mucho olvidando pasadas tormentas

Algunos apuntes biográficos

César Peraza nació en Santa Cruz de Tenerife en 1924.

Durante su infancia fue un chico muy rebelde siendo expulsado de todos los colegios de la ciudad por su mal comportamiento hasta que le enderezó un sacerdote amigo de la familia, que le estimuló hacia el mundo de los estudios. Gracias a él pudo examinarse y aprobar el bachillerato por libre y le dejó como poso su gran deseo de saber.

Para completar sus estudios y acompañar al hermano mayor que se preparaba para entrar en Caminos la familia se trasladó a Madrid en 1935 y continuó el bachillerato en los jesuitas, hasta que estalló la Guerra civil y huyeron a Francia, y posteriormente a Inglaterra hasta volver a recalar en Canarias donde la guerra fue menos virulenta.

Finalizada la Guerra termina el bachillerato, se hace maestro nacional en espera de poder optar a una carrera universitaria y en el año 40 opta por estudiar ingeniero de montes siguiendo las huellas de un tío suyo, Don Leoncio Oramas, para lo que se traslada a Madrid, donde realiza una carrera muy brillante. Es becado para realizar un postgrado en la Universidad de Laval, en Quebec (Canadá) y en EEUU. Esta experiencia norteamericana marcaría profundamente su actividad profesional ulterior ya que, además de conocer de primera mano la vanguardia de la tecnología de la madera comprobó el trabajo que la universidad y las asociaciones hacían con la industria, la normalización de productos y su posterior certificación. A su vuelta a España se incorpora como docente a la Escuela de Montes donde inaugura la especialidad de Tecnología de la madera (inexistente hasta entonces) y también como investigador en el Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias (IFIE) que posteriormente se englobaría en el Instituto Nacional de Investigaciones agrarias. Colabora además con la industria a través de diversas asociaciones incardinadas en el Sindicato de la Madera donde es llamado por su entonces presidente Luis Mombedro de la Torre (compañero suyo de promoción). Su labor fundamental



es la normalización de productos de la madera. Crea AITIM junto con Luis Mombiedro y Emilio Ibáñez Papell para canalizar toda esta actividad. Además realiza muchos proyectos industriales destacando especialmente su contribución al desarrollo de la entonces incipiente industria de tableros de partículas, a la que estuvo muy ligado con posterioridad como consejero de su asociación.

Uno de sus logros principales es haber captado el interés de la industria por los temas de normalización y certificación de productos a través del IRANOR (más tarde AENOR) y de AITIM. Esto no hubiera sido posible sin sus grandes dotes personales, su natural simpatía y su carisma que hoy llamaríamos empatía.

Toda esta frenética actividad se moderó a partir de los años 80 porque a raíz de la ley de incompatibilidades tuvo que renunciar a ocupaciones diversas, y centrarse en una de las cosas que más le gustaba, la enseñanza. A través de la Cátedra de la madera de la Escuela de Montes de la Universidad Politécnica de Madrid formó a múltiples generaciones de ingenieros, muchos de los cuales se encuentran hoy en primera línea de empresas, administración, asociaciones y centros. Desde los que tienen ahora más de 70 años hasta la generación de los 40 han pasado por sus manos.

Don César, como se le llamaba en señal de respeto era muy duro con sus alumnos pero a la vez muy noble y abierto y es difícil encontrar alguno que no hable bien de él con el transcurso del tiempo.

Sus clases eran muy entretenidas y tenía esa capacidad pedagógica que pocas veces se encuentra, por desgracia, entre los profesores, y que se recuerdan siempre por parte de los alumnos.

Un botón de muestra de su exigencia y de su sentido del humor es una frase recogida en estos días por uno de sus alumnos: “el tiempo pasa implacable como el reloj Tissot y ustedes no tienen ni idea para el próximo examen”.

Finalizó su tarea docente como profesor emérito dirigiendo diversos cursos de doctorado y con una presencia importante como conferenciante



Puente de madera diseñado por César Peraza en La Palma

en todo tipo de eventos. Especial buena acogida recibió en el mundo de la construcción. Fue profesor de la Escuela de la Edificación, de los aparejadores de Madrid, y desde ahí empezó a recorrer muchos de los colegios profesionales de arquitectos y aparejadores de toda España. Cuando sus fuerzas empezaron a mermar sus salidas se limitaban al contacto con compañeros y amigos de la profesión en comidas y reuniones varias hasta que también tuvo que limitar estas por motivos de salud. Al llegar a la ancianidad, ‘profesión’ que ejerció con gran dignidad y elegancia, se le dulcificó el carácter, soportando con estoicismo sus achaques y debilidades propias de este momento de la vida.

Un canario de pro

Varios aspectos modelaron la personalidad humana de César Peraza Oramas. Entre ellos lógicamente su herencia familiar y genealógica. En él se unían dos apellidos célebres; los Peraza, conquistadores castellanos de Canarias, caballeros de armas tomar y famosos tanto por sus logros militares como por sus barrabasadas; y los Oramas, guanches, habitantes originales de las islas. De los primeros seguramente le venía ese carácter fuerte y ese genio vivo. De los segundos su energía, su gran corpachón y su tez rubicunda como parecen

mostrar las momias que han llegado a nuestros días. Un tercer aspecto modelaba su carácter venía a través de su padre. Este había recibido una formación muy británica: de pequeño estudió en Eton y más tarde en la Universidad Oxford, lo que le marcó su forma de ser y el trato que tuvo con sus hijos, siempre lleno de caballerosidad.

Tres hitos deja en Canarias César Peraza. Uno frustrado y dos logrados. El primero fue su fallido intento de crear una fábrica de tableros de partículas en las ilas, una de sus grandes ilusiones y uno de sus grandes fiascos, en los que embarcó a su propia familia. Los otros dos salieron mejor, y ahí quedan, son el libro Estudio de las principales maderas de Canarias, editado por el MAPA en 1967 y la construcción de un puente de madera en la isla de La Palma, hoy todavía en activo y del que se han cumplido más de 50 años de servicio.

Mientras su salud se lo permitió viajaba todos los años a Tenerife y pasaba largas temporadas en el sur, a las faldas del Teide disfrutando con la agricultura y el cuidado de una finca de su propiedad.

En Tenerife, en el panteón familiar, reposan su restos por expreso deseo suyo, y junto a sus antepasados ▲

ADIOS MAESTRO

El primer contacto que tuve con D. Cesar Peraza, D. Sesar para sus alumnos, fue en el año 1965 cuando tenía a su cargo de la recién creada Cátedra de Tecnología de la Madera en la Escuela de Ingenieros de Montes. Acababa de venir del Canadá y por entonces se estaban cocinando los Planes de Desarrollo en los que su participación fue decisiva para la industria de la madera. Se tenía que impulsar el paso de una industria artesanal tradicional a una industria moderna y competitiva.

De esa época de estudiante, en los dos últimos años de carrera donde se ubicaba su asignatura, tengo que destacar dos aspectos que marcaron mi porvenir y el de muchos de mis compañeros: La trasmisión de una ciencia que hasta entonces no se conocía en la universidad y sobre todo su gran amor por la madera que sabía contagiar a sus alumnos.

Tuvo la visión de concebir a la investigación, la enseñanza y la industria como tres aspectos de una misma realidad para trabajar con un mismo objetivo: crear una industria que fuera capaz de competir con la de los países más desarrollados de nuestro entorno.

Desde su posición de jefe de la Sección de la Madera del entonces Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias (IFIE), catedrático de Tecnología de la Madera de la Escuela de Ingenieros de Montes y Director Técnico de AITIM, asociación de investigación cuya creación impulsó activamente, fue capaz de canalizar todos los esfuerzos de la enseñanza y la investigación hacia la realidad industrial.

La faceta que más conocí, porque participé en ella desde el principio, fue la industrial a través de AITIM. Fue capaz de aglutinar a fabricantes de todas las regiones, hasta entonces individualistas y muy ceñidos a unos mercados locales, impulsando la creación de Asociaciones nacionales de fabricantes, como las de tableros contrachapados y puertas planas a las que siguieron tableros aglomerados, carpintería y parquet. Para que vieran la luz cada una de estas asociaciones se requería una labor de encaje de




César Peraza en una de sus comidas con empresarios: sentados a su izquierda dos de los que fueron presidentes de AITIM, Mariano Hervás y Fausto Herrero

bolillos tanto, entre los fabricantes como entre los poderes políticos de entonces. Cesar lo sabía entretejer con constancia y dedicación.

Para competir había que someter a la disciplina de la calidad a ese enjambre de industrias con intereses frecuentemente encontrados y muchas veces con miras muy cortas. Impulsó la creación del Comité de la Madera del entonces IRANOR (Instituto de Racionalización y Normalización) del que fue su primer Secretario. Sabía que era imprescindible para el desarrollo industrial, normalizar los productos y logró en esa época que el sector de la madera, complicado por el gran número de productos distintos que fabrica, fuera uno de los que tuviera un mayor catálogo de normas de todos los sectores industriales. Posteriormente impulsó la creación de sellos de calidad, que permitían comparar la producción de las empresas con los patrones definidos por las normas y consecuentemente certificar su calidad. Esto exigía la elaboración de las normas, el diseño y desarrollo de los equipos que permitieran ensayar, la definición de las especificaciones de calidad que marcaran el nivel de la calidad de cada producto y de la creación de un entramado que hiciera posible controlar esa calidad. Todo ello contrastando estas iniciativas con las de otros países de nuestro entorno económico y sobre todo educando a nuestras empresas en la

cultura de la calidad.

Muchos de sus alumnos y colaboradores han ocupado, y ocupan, puestos de responsabilidad en las empresas y la Administración continuando la labor que él comenzó, y todo por ese contagio del amor a la madera que fue capaz de transmitir.

Adiós MAESTRO, adiós AMIGO 



Marco Antonio Gonzalez Álvarez.
Dr. Ingeniero de montes
Presidente de AITIM.



RECUERDOS DOCENTES

Don César nació en Abril de 1924 en Tenerife y murió en Madrid el 28 de Noviembre de 2012. Este archivo es para honrarle.

La cantidad de temas, circunstancias y anécdotas que podré contar, si mi pésima memoria me lo permite, las ampliaré más adelante. Esto es sólo un primer avance. Mi primer recuerdo es de 1965, cuando le conocí en el IFIE, pues me dijo Filiberto Rico que fuera a hablar con él para mi trabajo fin de carrera. El conserje me dijo “ese es”, se metió en su despacho, esperé unos minutos, llamé, pasé y le vi de frente, con su cabello cortado al cepillo. Me recomendó comprar uno o varios libros en AITIM.

En septiembre u octubre de 1968, ganó Don César la oposición a Catedrático de Maderas en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes, en Madrid, la única que había en España.

Comencé a trabajar en AITIM el 15 de Septiembre de 1968 y al año siguiente me mandaron ir al IFIE por parte de AITIM. En el IFIE estaba Don César como Jefe de la Sección de Maderas. Tenía a 4, 5 ó 6 Ingenieros a su cargo y casi todos le tenían un respeto enorme, rayano en el temor pese a ello yo, al saber que era un portento en Anatomía de la Madera, le pedí algunas aclaraciones Me lo explicó todo de un modo que lo entendí perfectamente y dibujé las células por fuera y por dentro y me salieron unos dibujos muy didácticos, que los he empleado varias veces y a él le debieron agradecer.

En 1983 dejó el INIA por incompatibilidad y se concentró en la Escuela -en la que yo entré en 1973 dando prácticas a los alumnos- para suerte de todos los que estábamos allí.

Lo primero que tengo que decir de su paso por la Escuela, es que era de los pocos catedráticos que daban todas sus clases completas durante el curso entero. Otros colegas suyos delegaban en profesores de sus cátedras.

Entre los alumnos tenía fama de duro. En los años que yo estuve (1973 a 2005) nunca hubo un curso con aprobado general, siempre había algún suspenso. Si llegaba en coche con gafas oscuras venía de mal humor. Y si ese día era

de exámenes, peor todavía. Éstos eran teóricos y prácticos. En el práctico, yo que era el encargado de las muchas máquinas que había, le acompañaba. Sobre el año 1985, Carlos Laín, uno de los ingenieros de la Cátedra, se puso gravemente enfermo y yo asumí su puesto en las prácticas. Como quedaban pocas semanas para el examen me salté el procedimiento habitual y lo enseñé a mi manera, todo muy abreviado, pero eficaz. Llegó el momento del examen y Don César repartió los estadios como todos los años mientras yo le explicaba que ante la premura de tiempo, lo había enseñado a mi manera y que me dejara hacer el examen a mí. Entonces, Don César, como si de un árbitro de fútbol se tratara, me enseñó la cartulina de “Suspenso”, y aprobó a todos los alumnos sin examen.

En los viajes de prácticas con los alumnos, se pasaba estupendamente, tanto por la alegría de los jóvenes, como por las enseñanzas que obteníamos al visitar fábricas.

Don César preparaba los viajes con meses de antelación. Pensaba los itinerarios, las fábricas a visitar, los horarios, etc. Yo pasaba a máquina las cartas pidiendo permiso a las empresas. Para que los alumnos salieran con conocimientos prácticos, tenía la cátedra una línea completa de aserrar madera y otra para fabricar tablero contrachapado. La sierra principal era vieja, regalo de un fabricante y las trozas de madera que aserraba las compraba Don César a quien más barato se las vendiera.

Su asignatura se daba en los dos últimos cursos de la carrera.

Era necesario saber el nombre de las 14 principales maderas comerciales españolas con solo mirarlas. Si fallaban alguna, no continuaban el examen final. En cambio hay otras que requieren un reconocimiento microscópico. Por ejemplo la encina y el alcornoque son difíciles de diferenciar, o los robles y sus parientes (quejigos, rebollos, etc) y es imprescindible en la mayoría de las 400 maderas comerciales que entran en el comercio mundial.


Todos los alumnos dedicaban medio curso, hora y media semanal al reconocimiento microscópico y el resto al reconocimiento macroscópico. El resto del año se ocupaba en hacer ensayos

físico-mecánicos con madera.

El admiraba el estamento militar, y especialmente su disciplina. Sentía veneración por Franco y acompañaba a veces a Luis Mombiedro de la Torre, que era a la sazón presidente del Sindicato Nacional de la Madera, a informar a Franco de cómo evolucionaba el sector y su industria. Fruto de aquellas ‘sesiones’, y como agradecimiento, Franco le nombró Comendador de la Orden del Mérito Agrícola, con tratamiento de Ilustrísimo, título que jamás utilizó. Don César acabó la carrera de Ingeniero de Montes en 1951 como número 1 de su promoción y el último número lo ocupó su amigo Don Luis Mombiedro de la Torre, que en pocos años adelantó a todos sus compañeros, pues llegó a ser Presidente del Sindicato Nacional de la Madera y Presidente de la Hermandad de Labradores y Ganaderos de España. Se unían así el conocimiento técnico y empresarial de Don César con la habilidad política de Mombiedro, dando excelentes frutos, entre ellos la creación de AITIM.

Cuando llegué a AITIM en 1968, me enteré que el señor Peraza estaba elaborando Normas para la madera, a sus derivados y a su industria. Yo pensaba que eso era irrealizable, porque la madera se “mueve”, se “hincha”, se degrada. Pues lo consiguió y en 1975, el sector de la madera era el 2º ó 3º de España en cantidad de Normas UNE elaboradas.

Don Paulino Martínez Herмосilla, que era Director General de Montes y daba clases en la Escuela, le mandó a diversas misiones internacionales, lo que le permitió viajar por todo el mundo. En una de esas misiones, en Roma, conoció a Giuglielmo Giordano, verdadera eminencia en el campo de la madera y con el que, por cierto, tuvo un pequeño rifirrafe a cuenta de si se abría o cerraba la ventanilla del autobús donde viajaban.

Todo lo que sé de la madera, se lo debo a Don César, bien directamente o a través de los Ingenieros que he tenido de compañeros y jefes, pues ellos aprendieron de Don César 

Antonio Camacho Atalaya
Perito de montes